

1

¿Qué aspecto tiene alguien que esconde un gran secreto? Durante años esa pregunta ha venido a mi cabeza en incontables ocasiones.

He jugado tardes enteras a construir castillos de arena con miles de versiones de esa pregunta. Me he entretenido poniendo y quitando rasgos de la cara de alguien que esconde un gran secreto. Durante esas noches en las que te desvelas. Cuando sales a correr y el *mp3* se te queda sin batería y las piernas empiezan a pesarte y no tienes más remedio que cargar contigo. Después de cascártela en la ducha. Durante la inevitable siesta que sigue a vaciar una botella de tinto y sentirte más solo que nunca. No solo en casa, no solo por un día, sino solo sin más apellidos. Mientras te dejas llevar por la línea de guitarra de algunos *blues*. En muchos de esos momentos en los que la gente dice: “se me queda la mente en blanco”, y yo trato de imaginarme lo que debe sentirse teniendo la mente realmente blanca. Porque sé que debería ser en ese instante en el que mi mente se quedara en blanco. Pero a mí nunca se me queda la mente en blanco. Cuando estoy a punto de llegar al blanco me pregunto: “¿Qué

aspecto tiene alguien que esconde un gran secreto?”, y mi cabeza vuelve a ponerse en marcha.

No es la pregunta más original del mundo, lo sé. No es una de esas preguntas sobre las que nadie intentaría cimentar una corriente de la filosofía occidental. Pero es una pregunta que fue construyéndose a la vez que mi relación con Miguel, mi único amigo de verdad de todos aquellos años, quizá mi único amigo, sin tener que especificar momentos.

Es una pregunta que nos hacíamos con frecuencia. Una pregunta-pelota que rebotaba de pared a pared de nuestro salón mientras la seguíamos atentos con la mirada. Una pregunta-pelota que él lanzaba para que yo la persiguiera como haría un perro en el parque y que prendía la chispa a partir de la cual nos poníamos a inventar. Y podría decir aquello, si no sonara tan melodramático, de que es prácticamente lo único que me queda de él, su pregunta.

La misma pregunta que no pude dejar de hacerme hace más de veinte años, cuando murió en un accidente. De alguna manera le rendía un homenaje cada vez que volvía a hacerme esa pregunta. Seguramente por eso siempre volvía a ella, porque nos gusta sentir los cabos atados entre nuestras manos callosas, esas manos cansadas de dar puñetazos a fantasmas y perder combates que no les importan, porque el cerebro manda a las manos a que se peleen en su nombre. Navegamos sin rumbo por la memoria golpeando sacos de arena y volvemos a por la siguiente ración de derrota y al final nos consolamos con preguntas sin respuestas. O no nos consolamos pero

seguimos embistiéndoles, izquierda, derecha, izquierda, derecha, agacha la cabeza y aprieta la mandíbula y dale, dale, dale.

Llegué a la capital en el 79. Venía a estudiar, a terminar una carrera que había empezado en una facultad más gris y más pequeña que parecía que me apretaba por todos lados. Quería respirar. No conocía a nadie ni en la universidad ni en la ciudad, pero un profesor me recomendó que terminara la carrera en otra facultad si quería llegar a ser, algún día, un escritor. Los escritores necesitan moverse sobre alambres. Mudarse. Pasar hambre y frío. Empezar de cero. Como tantos entonces, yo había elegido estudiar Filología porque pretendía ser escritor, y me parecía la carrera adecuada. Como la mayoría de mis compañeros de promoción, se me olvidó la ilusión por escribir antes de licenciarme.

Como muchos entonces, y antes y ahora, como tantos siempre, me figuro, quería ser escritor, igual que otros querían ser pintores o directores de cine, actores o cantantes, o un poco de todo, porque por encima de todas las cosas no queríamos ser como nuestros padres.

No queríamos trabajar en el campo ni tener una tienda en el centro. No queríamos vender seguros ni quedarnos en casa remendando calcetines. Estábamos

dispuestos a dejarnos las neuronas haciendo cualquier cosa distinta a la que habíamos visto hacer desde pequeños. Habíamos dejado de ir a misa y de dar las gracias a Dios por cualquier suceso que no fuera una desgracia. Creíamos que estábamos por encima y quizá solo vivíamos con el reloj una hora adelantada.

Me encontré pronto con Miguel, durante aquel pesado agosto de búsqueda de piso. Hablamos, nos caímos bien, de algún modo decidimos que seríamos una piña, un núcleo que se iría moviendo de piso en piso durante los próximos años. Un pequeño refugio al que regresar después de las excursiones a Ítaca. El norte de la brújula. La garantía de comprensión, las palabras de ánimo prestadas.